

Un valioso trabajo de tema africano:

“EL MERABET”

Tuve la íntima dicha de conocer al Excmo. Sr. General don Rafael Fiol Paredes hace ya unos cuantos años, con motivo de un suelto que publiqué en «ABC» de Sevilla pidiendo datos sobre la antigua calle de San Pedro de Alcántara.

Hombre de relevantes méritos profesionales y culturales a los que se unen cualidades humanas de sencillez, humildad, laboriosidad y simpatía nada corrientes. El Excmo. Señor General don Rafael Fiol Paredes, nació en Ceuta, el día 5 de Mayo de 1891. Estudió la carrera de medicina en Sevilla (1905-1912) y; previamente, el Bachillerato en Cádiz, viniendo a examinarse desde Tánger, ciudad en la que pasó su niñez. Opositó a Sanidad Militar en 1912 y tuvo vida militar muy agitada en diversos destinos. Estuvo ocho años en Marruecos, en distintas campañas y fue testigo del Desastre de Annual. Ejerció la medicina en Mahón, Sevilla, Melilla y Badajoz. De su estancia en la capital pacense le viene su amor a Extremadura. En Badajoz residió siete años -en dos etapas distintas- y allí nacieron dos de sus hijas.

En Jerez de la Frontera fundó y dirigió la «Revista de Ateneo Jerezano», desde 1923 a 1931, publicación que alcanzó notable prestigio donde fue conocida. En 1930 contrajo matrimonio con doña María Mateos Salvago, de la que ha tenido cuatro hijos. Uno de ellos, sacerdote jesuita, ejerce su ministerio en México.

En Sevilla colaboró en la revista militar mariana titulada «Orientación», transformada posteriormente en «Guión castrense», que dirigió hasta su suspensión.

Dejo la pluma al ilustre soldado y escritor amigo y vamos a saborear uno de sus más amenos relatos.

VICENTE GONZALEZ RAMOS

TAMBIEN suelen decirle *El Mrabet*. En Marruecos quedan todavía, de los tiempos medievales, individuos aislados que siguen las normas de aquellos frailes guerreros que vivían en comunidad, observando una vida austera dedicada a la guerra y a la oración y de la que supongo fue copiada en España la de los *freires* nuestros santiaguistas, calatravos, montesos y alcantarinos y algunos otros, menos conocidos. *Mrabet* es palabra hermana -o al menos prima- de Morabito, Ma-

rabuth, nuestro Almoravid, Marabú (ave llamada así por su parecido con los Merabet) y algún otro derivado de lo mismo.

Estos hombres eran estrictos observadores de la Ley Mahometana y combatían toda transgresión de ella y, principalmente a los cristianos; lo mismo que nosotros a ellos. Estas comunidades religioso-guerreros solían habitar fortalezas consistentes en un gran patio o plaza, con torres en sus cuatro ángulos y celdas individuales. Eran célibes y esas fortalezas situadas en lugares estratégicos -en alturas- se enlazaban con otras semejantes por señales luminosas o de humos. Las llamaban *rabtas*, de donde nuestras *rábitas* o *rápitas*, que abundan por nuestra patria.

* * *

Perdonad, lectores, esta vulgar divulgación de los *mrabets* o *marabutes* pero que sirve para que conozcáis el carácter y manera de ser de nuestro héroe: un Mrabet muy popular en el Tánger de mi niñez por sus virtudes y ejemplar vida. En aquella época no había guerra santa contra los cristianos ni él mostraba animadversión contra los adoradores de Nuestro Señor Jesucristo. Solamente ejercía una faceta de su cualidad de Mrabet: la virtud y la austeridad.

Sería difícil calcular sus años. Lo mismo se le podrían «echar» veinticinco que cincuenta. Me inclino por la segunda cifra por la sencillez y ecuanimidad de sus actos, más propios de un cincuentón que de un joven.

Era muy callado y hablaba -cuando lo hacía- en una jerga de su dialecto del *sus* (región de los alrededores del Atlas Mogrebino) del español que él oía en la ciudad. Aun los moros *tanyauis* (tangerinos) lo entendían mal a veces. Debía ser esto una causa más de su mortificación, al no poderse comunicar sencilla y abiertamente con sus semejantes.

En mi casa entraba desde que yo tenía unos cuatro años. Tenía adoración por mi pequeña persona porque cuando llegaba no me separaba de él, cogido a sus pobres andrajos. Me hablaba sin que yo comprendiera ni una jota. Tal vez fuese esta una conversación que le servía para desahogar sus naturales ansias de notificación con alguien o quién sabe si procuraba inclinar mi incipiente sentido religioso hacia la Fe de Mahoma. Pero tal era la dulzura y cariño con que me hablaba, que yo estaba convencido de que enteraba con sus razonamientos, sin duda muy profundos:

Su insignificante persona era así: más bien de baja estatura, aunque



fuerte y muy musculado. Negro como el chocolate oscuro, sin llegar al color del etiope. Usaba unas sandalias de cuero remendado, hechas por él mismo y su traje consistía en unos sucios zaragüelles y una tosca

chilaba rota de tela vieja. A veces sólo un saco europeo, con rajadas para sacar la cabeza y los brazos y atado a la cintura por una soga de palmas. Este saco lo usaba cuando daba su chilaba a algún pobre desnudo, mientras le regalaban otra chilaba de desecho. Llevaba la cabeza afeitada y «adornada» por unos jirones de tela de procedencia desconocida, a modo de turbante o *resha*.

Aquella humilde muestra de ser humano se alojaba en una especie de choza o habitáculo pequeñísimo, terrizo, con unas tablas por puerta. Allí dormía, compartiendo su «palacio» con otro ser viviente al que prodigaba su cariño: este ser era un burro, pequeño como todos los de aquel país, negro como la endrina, hasta el hocico, que suele ser blanco o gris en todos los descendientes del jumento de Sancho.

Este animal debía significar para su amo algo misterioso al que rendía un culto de adoración, cual si se tratase de la reencarnación de algún antepasado o mejor de algún ente de significación religiosa. Tal era el amor con que trataba a su semoviente.

Algunas veces por el cariño especial que me tenía, consentía que lo montara yo, con mi sillita galápago europea (cosa que le disgustaba mucho) cuando no teníamos otro animal que llevar a alguna excursión de las que hacíamos los chicos de entonces al campo. A nadie más lo prestó nunca, a pesar de que se lo pedían con frecuencia. La única condición que ponía era que ningún otro niño lo montase y yo la cumplía fielmente.

Como entonces no había allí Registro Civil ni cosa parecida, ni aún Documento de Identidad, no se sabía su verdadero nombre. Los moros le llamaban «El Mrabet» por antonomasia e ignoro si en la ciudad habría algún otro merecedor de tal apelativo. Los cristianos le llamaban «Mojamé» el aguador. Advertimos que allí todos los moros humildes eran denominados Mojamé, corrupción del Mohammed correcto. Era popular entre todas las clases sociales y edificaba ver cómo algún moro notable, rico y de categoría, al pasar nuestro «Mojamé» se inclinaba para besar el borde o más bien los flecos de sus andrajos, desde luego con signos de oposición y de verdadera modestia del interesado. Los pobres no hay que decir que le adoraban por gozar de sus limosnas y socorros.

Ya presentado el personaje objeto de estas líneas digamos, además, que su aureola de santidad no era igual a la de muchos «santones» que pululaban por Tánger y con los que Mojamé no solía hablar ni tratarse. Este era otra cosa, ya que su calidad de *Mrabet* le daba una jerarquía superior a los demás, que solían ser sencillos impostores que vivían «del cuento», como suele decirse.

En casa se le quería y admiraba. Desde mis padres hasta mi pequeña persona e incluso los criados, entre los que había otro moro, Medani, que por haberse criado en Ceuta con cristianos, era muy poco observante de la Ley de Mahoma y pescaba borracheras «de padre y muy señor mío». Este Medani admiraba al Mrabet y le temía al propio tiempo, ya que recibía de él infinidad de severas reprimendas en cuanto notaba la menor falta a sus deberes de buen musulmán.

En casa pasaba Mojamé todas las tardes un ratito para tomar una taza de café. El mismo se lo hacía en cacharro y taza que tenía reservada y él solo lavaba y guardaba en lo alto de un poyete de la ventana de la cocina, para que no se mezclara con nada de las comidas cristianas.

Solia hacer una broma - siempre la misma; así era de sencillo - consistente en guardarse en la capucha la taza y la cucharilla de su café, haciendo que la vieja cocinera, Rosario, o Lola, otra sirvienta, lo vieran. Al marcharse tenían que descubrirle el «delito» para que se fuera tranquilo. Entonces demostraba que todo había sido broma con risotadas y alguna que otra «zapateta» de alegría, diciendo que él no era «surraco» (ladrón).

Acabado su trabajo por las noches, invertía una pequeña parte de lo ganado en comer un pan y alguna cosilla que adquiría en los puestecillos de comida del Zoco. Una vez satisfechas sus necesidades, reparaba todo lo sobrante entre algunos más pobres que él, que lo acechaban. Ya sin nada, contento y feliz, a tomar su café a nuestra casa, con la consabida broma final. Luego se retiraba a su cubil a hacer compañía a su burro. El pequeño espacio estaba dividido en dos por una cuerda de pared a pared, que servía de «armario ropero», pues de ella colgaba una pobre chilaba de color morado - rarísimo color que nunca vi en las chilabas morunas - que era todo su lujo y que se la ponía los días de gran fiesta o cuando acompañaba a mi madre, como espolique al cuidado de su burro a alguna visita, por ausencia de Medani o cosa así.

La finalidad de su vida era poder ir a La Meca para postrarse ante el sepulcro de Mahoma. Para eso trabajaba, pero nunca pudo alcanzar tal dicha. Cada noche se acostaba tan pobre como por la mañana. Nunca llegaría el día feliz en que se viera ante la ciudad santa. Podía más que todo la caridad que le impelía a repartir las migajas sobrantes de sus pobres ingresos.

En una ocasión se declaró un incendio en casa, por lo que hubo necesidad de vaciarla, llevando todos los muebles y enseres al centro del Zoco, en plena madrugada. En esta faena intervinieron cuantas po-

cas personas - moros y cristianos - pasaban por allí y fue cosa notable que, al día siguiente, cuando volvieron los muebles a casa, no faltara nada. Únicamente mi madre echó en falta una cucharilla hecha - como curiosidad - de una monedita de plata de cinco reales morunos, con un cabo de plata, *souvenir* que hacía un platero moro por aquellos tiempos. Fue para Mojamé, al enterarse, como un mazazo en la cabeza. Tal era su pesar de que algún musulmán hubiera cometido el robo. No se habló más del caso, pero, a los pocos días, presentó nuestro Mrabet la cucharilla que él mismo había recuperado de manos del ladronzuelo.

Había hecho de policía. Indagó y preguntó hasta lograr dar con el pecador, al que no sólo obligó a devolver la «rica presa» sino que aseguraba que nunca más volvería a robar después de la reprimenda y consejos que le había dado. Nunca se supo quién había sido el ladrón. Silenciaba su nombre y tampoco se consiguió que aceptara alguna pequeña recompensa por haber recuperado la cucharilla, con lo que mi madre pudo tener completa la media docena de ellas.

En alguna ocasión pidió a mi madre algunas pocas pesetas para ayudar a pagar el alquiler de la choza donde se cobijaba alguno más pobre que él. Había puesto lo que sobró aquel día de sus ganancias y mi madre entregó el resto, con la promesa de que él le iría devolviendo lo prestado. No hay que decir que mi madre nunca lo consintió.

*
*
*

Puede asegurarse que en todos los países, en todas las razas y religiones se encuentran hombres merecedores de ostentar el dictado de *santo*.

Creo firmemente que Dios hizo nacer hombres buenos en todas las latitudes y razas, siendo nosotros los que supimos de la Revelación y tuvimos la suerte inmensa de conocer a Cristo, los que tenemos más obligación de alcanzar la santidad mediante la observancia de sus preceptos.

Los buenos cristianos irán a gozar de la Gloria y de la presencia de Dios, Pero no cabe duda que a los seres humanos que no nacieron en la fe cristiana y son buenos cumplidores de la Ley Natural y de los preceptos de la religión en que han nacido, su Dios - que es el nuestro - les dará la recompensa eterna.

El hombre objeto de este relato, humilde negro *susi*, un insignificante grano de arena del inmenso desierto de la vida ejerció ampliamente todas las virtudes fundamentales. Tuvo Fe completa e ilimitada

en Al-lah y en su profeta. Dios fue el guía de su vida y el fin que quiso alcanzar durante ella. Vivió con la *Esperanza* de poder ir a expensas de su pobre trabajo a la Meca, para adorar a Dios en los lugares santos, únicos de que él tenía noticia y le habían enseñado a orar. Ejerció la *Caridad* del modo más sublime con sus semejantes, sin reparar en el color de su piel ni en sus creencias, hasta el punto de trabajar para dar a otros pobres, no sólo en el aspecto material sino en el espiritual, con sus consejos, ayudas y el ejemplo de una vida verdaderamente santa.

* * *

En 1907 en un viaje relámpago por Tánger, procuré ver a Mojamé. Pregunté por él y supe que seguía en su mismo trabajo para poder ir a la Meca. Seguía llevando el agua a las casas. Lo busqué y me hizo llorar con sus transportes de alegría al volver a ver, al cabo de algunos años, al «ninio shtito (niño pequeño) del querido Tebib (médico) que se había ido a Sbania dejándolo desamparado. Me abrazó, besuqueó y sobó a su gusto y nos despedimos... para siempre. No sé qué habrá sido de él. Pero confío en que a estas horas estará no en el jardín de las huries que Mahoma les dejó prometido sino en lugar más apacible y mejor: ante la presencia de su *Al-lah*; nuestro Dios.

Rafael FIOLE PAREDES

Editada por los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres, ha aparecido la obra:

«Siete ensayos sobre el Romanticismo español»

por PEDRO ROMERO MENDOZA

Premio Cartagena de la R. Academia Española

TOMO II

Anotada e ilustrada

Pedidos a: Servicios Culturales o a la Revista «ALCÁNTARA» - Cáceres

De Guadalupe al cielo

(La presente poesía alcanzó un accésit de 5.000 ptas. en Guadalupe, en el Certamen Literario al Premio de Poesía «Hispanidad» 1973.)

Me paici mentira
 jacel lo que piensu,
 de escribil una larga poesía
 pa ensalzal a la Madri del Cielu
 que está en las Villuercas
 y, a la que queremos,
 comu es natural,
 tos los extremeños;
 porque es Ella la nuestra Patrona
 y mereci que, en nuestro dialectu,
 me expansioni con Ella y le diga
 muchas cosas que guardu aqui drentu
 de la mi cabeza
 que la tengu atestá de recuerdus.
 Una ves que me jui a verla andandu
 desde Cazris, hasta el Monasteriu,
 me queé to asombrau al legal
 al «Humillaeru»,
 ya que, desde allí
 se veían las torris y el pueblu
 y me entró escalofríu, de repenti,
 porque yo no creía todú aquellu
 que una cosa es contarlu y dicirlu
 y otra cosa, es verlu.
 Aunque estaba rendíu del caminu
 y llevaba molíu tos los güesús,